

Universo y lenguaje de la psicología

ANTONIO PARDOS PEIRO

Unidad Provincial de Sanidad de Barcelona

Resumen

Se analiza la crítica formulada por Ribes (2009) al universo actual de la psicología, fundamentalmente a la psicología mentalista, cuyas teorías descansarían en bases erróneas creadas a partir de las limitaciones inducidas por el lenguaje ordinario, enjuiciando el itinerario propuesto como solución para corregir los diferentes equívocos categoriales introducidos por tal motivo en la psicología.

Palabras clave: psicología, ciencia, lenguaje, mente, conducta.

Universe and language of psychology

The critic formulated by Ribes (2009) to the present universe of psychology is analyzed, primarily to the mentalist psychology, whose theories would rest on faulty foundations created from the constraints induced by ordinary language, by prosecuting the proposed route as a solution to correct the different categorises ambiguities introduced for this reason in psychology.

Keywords: psychology, science, language, mind, behaviour.

En las últimas décadas se ha producido un importante debate en el seno de la psicología en torno a diferentes consideraciones epistemológicas que intentan dilucidar si ésta constituye una sola actividad científica o si, por el contrario, se trata de un “conjunto de disciplinas”, cada una de las cuales versa sobre problemas de diferente naturaleza. Se ha discutido si se trata de una ciencia que debe aspirar a poseer un único paradigma central, con notables científicos que han trabajado en pos de

esa unidad (Lagache, 1969; Staats, 1979; Ardila, 1988; Ardila, 2003), o si es una ciencia multiparadigmática (Caparrós, 1979; Pinillos, 1962), que debe renunciar a la posesión de un único paradigma central, llegándose a proponer sustituir el nombre “psicología” por el de “estudios psicológicos” (Koch, 1981; Koch, 1993). Incluso hay quienes directamente están contra toda posibilidad de unificación, participando de una “ideología separatista” (Montgomery, 2006), caso de Ribes (2000) y Kendler (2002). Recientemente se ha propuesto (Pardos, 2007; Pardos, 2008) una reformulación de este antiguo y apasionante debate que sugiere nuevas líneas básicas en las cuales fundamentar la integración a partir de las aportaciones de los paradigmas históricos, sin necesidad de excluir a ninguno de ellos ni de verlos como “distintas disciplinas”, aclaraciones que ayudarán al lector a situar el posterior comentario al artículo de Ribes (2009).

Es un hecho frecuente, protagonizado por las diferentes escuelas de la psicología y por sus discípulos, el que en vez de tratar de armonizar y entender la razón intrínseca de la diversidad conceptual, se intente suprimir directamente algunas partes de lo diverso con resultados francamente penosos, pues esas partes que se desean eliminar, resurgen posteriormente con mayor fuerza e incluso ocupan el centro mismo de la psicología. Este es el caso, precisamente, de la conciencia (psicología del acto *versus* psicología de los contenidos de conciencia) o si se prefiere, en términos más actuales, de la psicología de la mente, la psicología que ha encarnado el mito del “Fantasma en la Máquina”.

La más famosa crítica a la concepción de lo mental fue formulada por Watson (1913; 1930),

Dirigir toda correspondencia al autor a: Administración del Estado. Unidad Provincial de Sanidad (Barcelona, España). Correo electrónico: apardospeiro@yahoo.es

fundador del conductismo, con su ataque a las imágenes como concepto mentalista no homologable por la psicología científica. Pese a tales críticas -con las que el conductismo reclamaba para sí y para su teorización todo el campo de las ciencias psicológicas-, a partir de los años cincuenta, tras el impacto inicial producido por las nuevas teorías de la conducta, renació la psicología de la mente y se reanudó el estudio de las imágenes junto a otros conceptos mentalistas, hasta el punto de que hoy constituye una parte pujante de esta ciencia, llegando incluso a considerarse como el paradigma dominante en la psicología. Piaget, Paivio, Shepard, Kosslyn y otros investigadores empiristas han puesto en valor la utilidad de término “mental”, ya bautizado en el lenguaje ordinario, ganándole un espacio en el lenguaje técnico de la ciencia psicológica; incluso el propio conductismo ya no se rasga las vestiduras ante su presencia, pues utiliza las imágenes operando con estos componentes mentales en su psicología aplicada para propiciar conductas deseadas o para extinguir aquellas que el sujeto, intencionalmente, pretende eliminar de su repertorio. Conductas, estímulos y refuerzos se dan la mano con imágenes y otros contenidos mentales, y hasta se convierten en estímulos evocadores de respuestas observables (Bandura & Walters, 1974) en las consultas de los psicólogos clínicos para inducir estados de relajación a partir de las imágenes construidas en la pantalla mental del sujeto tratado.

El más caracterizado de los seguidores de Watson, el neoconductista Skinner (1953), afirmó que es misión de la ciencia descubrir qué cosas ocurren y cómo acontecen, negando la necesidad de explicar el por qué suceden. De esta forma, ratificó la negación de lo mental efectuada por su predecesor para privar a la psicología de aquello que puede explicar, además de las relaciones funcionales entre la conducta y los estímulos que la desencadenan, las causas ocultas de la conducta observable. Pese a que la revolución cuántica ha suscitado algunas preguntas de difícil solución acerca del principio causal, éste se mantiene intacto en los cimientos de las ciencias naturales y de la psicología (Wolman, 1979).

El principio de incertidumbre es el que introduce ciertas dudas en la causación de los fenómenos naturales por la imposibilidad de predecir la

posición y velocidad de una partícula en un instante temporal, lo cual, partiendo de los principios de la mecánica cuántica, es representado por una onda. El problema, según Stephen Hawking (1988), surge cuando las ideas preconcebidas de posición y velocidad tratan de ajustar esa onda, afirmando que *“el mal emparejamiento es la ‘causa’ de la aparente impredecibilidad”* (p. 261), validando así la causación en posiciones ulteriores del propio fenómeno invocado para cuestionar el principio de causalidad que explica el determinismo de la naturaleza. Así pues, todavía tienen sentido proposiciones como las que afirman que fuerza es toda causa capaz de producir un trabajo, o que la energía cinética es la forma de energía que posee un cuerpo a causa de su movimiento, o que, en fin, la causa de que un determinado conductor se convierta en fuente de calor es la resistencia que ofrece tal conductor al paso de la corriente. Igualmente, al preguntarse nuevamente cuál es la causa de tal resistencia, tiene sentido recurrir a explicaciones basadas en la estructura interna del metal conductor, en función de la cual se le dota de un específico coeficiente de resistencia o resistividad. Ello indica que, además de la descripción/explicación funcional, hay otro nivel de explicación del mismo fenómeno de naturaleza causal, nivel que generalmente puede ser complementario, pero que, sin duda, profundiza mucho más en las razones ocultas del funcionamiento de la naturaleza, objetivo fundamental de la ciencia. En la nuestra, la psicología, pasa lo mismo.

Se pueden explicar las relaciones funcionales entre la conducta y los estímulos que las provocan, pero también se puede dar un paso más y pensar por qué esos estímulos han adquirido tal capacidad funcional en unos casos y no la han adquirido en otros. No queda más remedio, entonces, que acudir a la historia de los condicionamientos pasados del sujeto, adquiridos frente a los estímulos y -en ese caso- aceptar que esa historia necesariamente ha de registrarse en su mente, descendiendo a la vez a sustratos fisiológicos o soportes materiales de donde, posteriormente, se recupera y reconfigura en diferentes tipos de estructuras mentales, capaces de contener esa información que dota de manera diferencial a los estímulos externos tal cual son percibidos.

Un repaso somero del panorama de la actual psicología permite observar que los últimos de-

cenios han estado dominados por lo mental, por el manejo de los estados mentales (emociones y sentimientos, como desencadenantes internos de la conducta) y por la cognición (la formación del pensamiento, la formación de ideas, conceptos, etc.), albergando así un profundo debate sobre la naturaleza de las representaciones internas en el que se cuestiona su carácter proposicional o analógico (Paivio, 1971; Pylyshyn, 1973) junto a la forma modular o interactiva (Fodor, 1986; Rumelhart & McClelland, 1986) de las operaciones que se desarrollan en el aparato cognoscitivo.

Por ello, explicar el problema actual de la psicología por la pérdida de visión de “su propio dominio de conocimiento” como consecuencia de la confusión “denotativa” del lenguaje ordinario, a la vez que soslaya el campo mental, no parece razón suficiente si lo que se pretende es formar un *corpus* teórico de todo lo que actualmente viene asumiendo la psicología como objeto de estudio. Esto es así, sobre todo, si se parte de posiciones muy decantadas de la denominada psicología del acto cuyo “universo de investigación” estaba y está constituido únicamente por la acción y, en este caso, restringida a la acción observable, extraída de las “prácticas interindividuales”, suponiendo, en todo caso, que “la mente es conducta”.

Efectivamente, desde James muchos han pensado que la mente es conducta, es acto, pero también es un conjunto de contenidos estáticos que necesitan ser estudiados y comprendidos por la ciencia psicológica. Tales contenidos estáticos, además de las imágenes, son identificables en aquellas representaciones y símbolos cuya sintaxis está en la base de la propia mecánica mental (Arnau & Balluerca, 1998), postulada por el cognitismo ortodoxo, aunque tanto cueste conceptualizar lo estático en la mente con lo que en las ciencias naturales podríamos decir, posee un carácter objetivo.

Pese al posicionamiento anterior, compartimos (no obstante las reflexiones efectuadas por Ribes, 2009, respecto a la existencia de determinados problemas en el universo conceptual de la psicología) cómo sería la “confusión respecto a su objeto de conocimiento”, sólo que la solución a tal confusión, como se puede suponer a tenor de lo dicho con anterioridad, no puede venir de la exclusión de los conceptos mentales. No ocurre igual

en lo relativo a “sus relaciones con otras disciplinas científicas” ni en el análisis de algunos de los problemas producidos por el uso del lenguaje ordinario con el que se podría estar de acuerdo.

Respecto al primer problema, “el origen del itinerario” constituye el desacuerdo más importante al considerar que “...*las ciencias empíricas se ocupan de todo lo existente, sea visible o no*” (Wolman, 1979, p. 110). Y no sólo por eso, sino porque la ciencia casi siempre explica lo observable a partir de lo que no lo es. Además, lo que no es observable en un determinado estado de desarrollo, en un momento posterior lo es.

Como consecuencia de lo anterior y respecto a la “segunda estación” del trayecto planteado, parece conveniente la formación de una clasificación general, aunque tal y como es propuesta, arrastraría un déficit de contenidos al incluir solamente “episodios psicológicos” definidos en términos de actos o procesos motrices observables, cuando en un “universo” completo y causal deben existir también fuerzas o desencadenantes motivacionales, por supuesto, de naturaleza inobservable, aunque algunas puedan incluso ser reconocidas por el sujeto. También debería contemplar las estructuras mentales, observables en determinados momentos por el sujeto que las experimenta en su pantalla mental.

Respecto a la estación consistente en transformar un lenguaje ordinario en técnico, parece una tarea sólo superable a partir de la clarificación de los conceptos básicos, mediante la creación de definiciones técnicas para los grandes conceptos generales, como por ejemplo, qué es un estado mental y qué es un proceso mental o cómo diferenciar un estado de un proceso.

Así, es bien cierto que el lenguaje ordinario nos hace caer en limitaciones y errores que la práctica científica ha de corregir, pero el lenguaje es el que es y sólo partiendo de él se puede comunicar la riqueza conceptual de los fenómenos ocultos que progresivamente se van descubriendo y catalogando. No cabe duda de que el conocimiento de los diferentes niveles del lenguaje puede contribuir a este proceso de crecimiento de nuestra ciencia.

Sin embargo, con el lenguaje ordinario se puede comunicar gran parte de las ideas que han descrito importantes teorías científicas, expresando con él conceptos, relaciones y observaciones que anteriormente nunca habían sido enunciados y

explicados en forma de proposiciones lingüísticas. En el fondo, la ciencia supone la concreción de aquello que nunca ha sido designado en un lenguaje conocido, la descripción de los fenómenos simples que pueden ser integrados para explicar aquello que resulta más complejo.

Pongamos un ejemplo paradigmático. Repásen-se los textos históricos de los grandes maestros de la psicología. Apréciense cómo el uso de términos como procesos, estructuras y estados mentales es preocupantemente impreciso y confuso, hecho que denota, por una parte, importantes lagunas epistemológicas del estado de nuestra ciencia y, por otra, la dificultad real existente para diferenciar los fenómenos que tales términos designan. En el ámbito del lenguaje ordinario, dichos términos son más claros, sobre todo si nos auxiliamos por el significado que les dan otras ciencias. En psicología, gran cantidad de problemas se han producido por esta confusión, al no aplicar adecuadamente los conceptos físicos al modelo mental, aunque se haya seguido implícitamente dicho modelo al tomar de él su propia terminología, produciendo incoherencias y vacilaciones en el uso sistemático de un modelo general de explicación de la naturaleza, modelo que, pese a sus limitaciones para explicar lo psíquico, necesariamente deberá fundamentar lo común a toda la ciencia. A lo largo de la historia de la psicología, ha habido una notable resistencia a dar a los términos lingüísticos utilizados el significado que poseen en el resto de las ciencias, aunque tampoco se ha querido renunciar a su uso para la designación de propiedades y formación de conceptos nunca dados en ellas.

En psicología, crear vocablos exclusivos no siempre es fácil. Por poner un ejemplo, el conocido test 16 PF ha propuesto nombres para identificar rasgos de personalidad que ya poseían otros nombres. El resultado ha sido cuanto menos dudoso, pues cuesta integrar estas nuevas denominaciones para viejos significados. El lenguaje ordinario también ha sido construido por la inteligencia humana y aunque algunas de sus expresiones no son capaces de contener todo lo que un lenguaje técnico y unívoco requiere, el recurso a la “hermenéutica” y las “definiciones operacionales”, formuladas también con lenguaje ordinario, efectivamente puede suplir aquello que no puede describirse con un solo vocablo o un inexistente término del lenguaje técnico.

El lenguaje de una ciencia como la psicología presenta, pues, diferentes tipos de problemas en el transvase producido entre el lenguaje ordinario y el lenguaje técnico, problemas de los cuales dos en especial llaman la atención sobre los demás, sin entrar en consideraciones relativas al lenguaje formal que pertenece al nivel superior de desarrollo de una ciencia.

Problemas en el uso del lenguaje

Limitaciones en la formación de los conceptos o creación de términos técnicos por influencia del propio contenido semántico del lenguaje ordinario; un tipo de efecto de halo aplicado a las nociones o fenómenos psicológicos. Pensemos nuevamente en el término “imagen”. La delimitación, el contenido y el significado del concepto en la actualidad presentan, a su vez, dos tipos de problemas fácilmente observables.

1. Polisemia o inespecificidad. El término “imagen” es ambiguo, pues en el lenguaje ordinario de donde ha sido tomado puede expresar, a la vez, distintos tipos de eventos iconográficos, efectos visuales figurales, evocaciones mentales y otros (Kosslin & Rabin, 2002), lo que descubre que el lenguaje técnico psicológico no diferencia entre imagen física (externa) -que hace referencia al percepto- y la imagen mental (interna) -producida o reproducida en la mente del sujeto en ausencia del estímulo físico-. Se usa, pues, un mismo vocablo para designar dos fenómenos diferentes desde el punto de vista de la psicología, por ello, en ocasiones al vocablo “imagen” se le ha de añadir el apellido “mental”, del lenguaje ordinario, completando así el significado del concepto al no haber un término técnico que lo diferencie directamente de las demás acepciones. Sin embargo, como queda claro, conceptualmente se distingue perfectamente lo mental interno de lo externo de carácter físico, sin que esto constituya ningún tipo de “perversión”. Lo mismo ocurre con otras denominaciones tomadas del lenguaje ordinario, como procesos, estructuras y estados, a los que se añade el mismo apellido.
2. Inexistencia del término lingüístico para designar el concepto. La noción de “imagen”, referida al aspecto visual-figural de los objetos

mentales, carece de término o vocablo para los aspectos equivalentes, mentalmente evocados de la percepción olfativa, gustativa, táctil y auditiva (Piaget e Inhelder, 1966), de tal forma que se habría de hablar de imagen auditiva, olfativa, etc., en ausencia del término adecuado que defina el fenómeno mental de evocación de tales perceptos en ausencia del estímulo físico que los produce. El concepto técnico “imagen” se ha generalizado a cualquier tipo de evocación de perceptos aunque nada tengan que ver con la figura de los objetos.

Sin embargo, en este caso el problema deriva de que la propia psicología no ha prestado suficiente atención o no ha dado la importancia que merece a tan diferente fenómeno, por lo que no lo ha recogido en su lenguaje técnico, imponiéndose el condicionamiento expresivo o la generalización del lenguaje ordinario por encima de la diferenciación conceptual que debería tener en cuenta las distintas categorías sensoriales que contiene el concepto. Esto origina un efecto pernicioso, pues es como si el fenómeno no existiera. Piénsese en lo que el conductismo llamó ‘lenguaje subvocal’, que en realidad no sería sino una sucesión de “imágenes sonoras” de signos lingüísticos (fonemas), para las cuales no hay término apropiado, con la implicación que ello tiene a la hora de explicar no sólo la naturaleza del lenguaje, sino la del propio pensamiento (Pardos, en elaboración).

Problemas en la comprensión del concepto

Es el caso de las nociones “proceso” y “estructura”, tan usadas en la ciencia psicológica. En este caso, hay una confusión histórica producida por la dificultad de conceptualizar lo mental inmaterial, algo que en el mundo físico material parece mucho más sencillo. La dificultad de manejar estos conceptos proviene ya de Wundt, pues pese a ser el fundador de la psicología de los contenidos de la conciencia, ambigüamente atribuía a los “elementos” carácter de sucesos (Viqueira, 1930; Wolman, 1979), ambigüedad que ha perdurado en la psicología y cuyos efectos se dejan sentir en nuestros días. El problema es, pues, de raíz y al tratarse de un concepto fundamental, de base, ha producido un verdadero conflicto interparadigmático que afecta los fundamentos de la psicología.

El primero de los problemas descritos en sus dos modalidades -en sintonía con Ribes (2009)- parte del hecho de tomar del lenguaje ordinario un término que carece de significado científico o que no corresponde con él. Parece un problema menor que podría solucionarse mediante procedimientos de ordenación y sistematización terminológica, bien sea creando una nueva denominación que agrupe todos los contenidos mentales estáticos objetuales en ausencia del estímulo físico, o bien, aclarando que en psicología “imagen” incluye la totalidad de contenidos de todas las modalidades sensoriales. El último problema tiene más difícil solución, pues sólo se puede superar con el avance de los conocimientos generales de esta ciencia.

Volviendo a las estaciones propuestas por Ribes (2009), parece importante ayudar a delimitar conceptualmente el “universo” propio en razón del tipo de herramientas con las que el psicólogo habitualmente trabaja y que la psicología teórica ha de proporcionar al psicólogo aplicado. Es importante, entonces y en tal sentido, la fijación de límites en la construcción de su identidad para no entrar en la parcela de conocimiento de otras ciencias ya bien establecidas, pues la ciencia cognitiva -progresivamente y con las mejores intenciones, pero con un mal resultado para la psicología- se adentra en terrenos y debates más propios de lo fisiológico. En la marcación de esos límites no sería difícil aceptar los postulados de la psicología de la conducta pues ayudan a fijar -sobre todo en la parcela de lo observable- niveles de conductas molares alejadas de lo fisiológico y de su inservible lenguaje (Bühler, 1966; Kosslyn et al., 1979; Fuentes, 1985; Searle, 2001), que difícilmente puede ayudar a concretar el universo de acción de la ciencia psicológica, sobre todo porque los psicólogos basamos una parte de nuestra ciencia en la explicación de conductas descritas en el lenguaje ordinario de las personas -sean pacientes, clientes y sujetos de lo más diverso- que pretenden cambiar sus conductas, sus pensamientos y sus emociones en sí, o en su interacción con los demás. Para ello, no es práctica habitual el uso de procedimientos que incidan directamente en la fisiología, sino en la comunicación mediante emisión y recepción de mensajes procesados a través de las vías sensoriales por sistemas de comunicación ordinarias, lo cual representa de *facto* un marco definitorio para la psicología.

Sin embargo, no parece que el problema del lenguaje constituya la razón fundamental que impida delimitar el campo de estudio y aplicación de la psicología, pues ahí está el problema de los hablantes que no hemos sabido integrar y relacionar los paradigmas clásicos de forma que pudiesen verse como partes de una misma totalidad, al manejar con dificultad los fenómenos psicológicos básicos: la acción, lo estático estructural, lo mental, lo funcional, lo externo y lo interno, lo observable e inobservable y, en general, los tópicos fundamentales tomados fragmentariamente del modelo físico lo cual, *a posteriori*, se refleja en las deficiencias de lenguaje. La confusión se ha traducido en un afán de generalización de las propias ideas, previa negación de las representadas por el resto de los paradigmas históricos, a partir de los hallazgos producidos en áreas donde el generalizador poseía mayor capacidad explicativa.

No parece, pues, que haya múltiples psicologías, sino una psicología en formación, integrada por diferentes paradigmas que han dado explicaciones parciales del campo propio de estudio de esta ciencia. Esas explicaciones parciales, dadas por las diferentes matrices disciplinares, han tratado de convertirse -en sus momentos de mayor pujanza- en explicaciones totalitarias y excluyentes, negando las propuestas teóricas del resto de paradigmas cuando éstos flaqueaban a la hora de dar razón de algunas de las nociones -mejor explicadas por los otros- o cuando habían agotado momentáneamente su campode trabajo -como ocurrió al paradigma estructural de la conciencia- en virtud de las técnicas que utilizaban o de los escasos resultados prácticos que sus conocimientos proporcionaban, en lugares y momentos en los que se demandaba lo concreto y de inmediata aplicación (Leahey, 1998). Ese, precisamente, fue el pecado cometido por Watson y sus seguidores tras descubrir un camino evidentemente útil para la psicología, con gran marchamo científico, queriendo hacer de lo “interindividual”, de lo observable, el único objeto de estudio de esta ciencia.

Los paradigmas clásicos se necesitan unos a otros al explicar aspectos diferentes y parciales del objeto de estudio de la psicología, pues hay que pensar que *“cada uno de estos enfoques es válido e importante y que contribuyen a nuestra comprensión de la conducta de manera complementaria”*

(Royce, 1979, p. 41). Prueba de ello es que ni la psicología conductista ni incluso el teóricamente depreciado psicoanálisis han sido desplazados por la psicología cognitiva (Friman et. al., citados en Rodríguez, 2005), lo que demuestra la posibilidad real de los grandes paradigmas de convivir unos con otros por su complementariedad, como ocurre en la actualidad. Ello no impide reconocer que las famosas imágenes, como otros términos mentales, arrastran aún hoy algunos problemas en el ámbito teórico conceptual, que tienen que ver con el uso del lenguaje ordinario como si se tratara de un lenguaje técnico.

Por todo ello, y no sólo por el mal uso del lenguaje, parece que los psicólogos y sus historiadores han creado varias psicologías, incapaces de establecer los vínculos necesarios entre los diferentes paradigmas para hacer “una” psicología. Sin embargo, hoy la mayoría no extraña en sus prácticas cotidianas referencias a o usos de los conceptos y las herramientas teóricas derivadas de las diferentes escuelas o paradigmas históricos que han ido surgiendo. En tal sentido, se podría decir ya que la psicología como ciencia -pese a problemas definitivos de ensamblajes- se puede contemplar como un “*corpus*” teórico cuya cabeza: los actos cognitivos y los contenidos mentales que los soportan (imágenes, ideas y conceptos), rige en mayor o menor medida el funcionamiento del esqueleto, la acción motriz, la conducta en lo observable de un sujeto que también siente, piensa y se emociona, siendo impulsado a la acción y condicionado también, cómo no, por los propósitos de la naturaleza impresos en la propia morfología del ser, con frecuencia capaces de sobrepasar a la voluntad del individuo y, en todo caso, en continua interacción con sus propias “intenciones”. La intencionalidad y la motivación del agente, que en ocasiones recorre extraños vericuetos para armonizar los propósitos generales de la naturaleza, constituyen verdaderos desencadenantes de la acción motriz. En tal sentido la mente, el “fantasma” interior, se ha constituido en constructo fundamental en el *corpus* teórico de la psicología, un constructo propio, emergente en las ciencias naturales, sin el cual es difícil hacer la ciencia psicológica. Hoy el afán fundamental de la nuestra, después de la época dorada de la psicología de la conducta, es poner cabezas y ojos a ese “fantasma” y desentrañar los lugares

que habita, describir sus hábitos y todos aquellos fenómenos experimentados como conciencia, pensamiento y realidades configuradas en su interior, tratando de comprender cuál es el juego y la relación entre todos esos fenómenos experimentados, pues no cabe duda de que “*el fantasma está fuera del camarín*” (Holt, 1964) y difícilmente soportará volver a ser encerrado.

Contradiendo a Montgomery (2006), hay que pensar que los puntos de vista de Ribes (2009), al afirmar que hay diferentes disciplinas o diferentes psicologías –algunas de ellas creadas por la contaminación y deformación del lenguaje ordinario, más que “separatistas”–, representan un subyacente propósito unificador, próximo a los planteamientos de Staats, que busca la unidad de la psicología mediante la extensión o ampliación de las verdades y principios de la psicología conductual a todo el “universo de investigación” de la ciencia psicológica.

REFERENCIAS

- Arnau, J. & Balluerca, N. (1998). *La psicología como ciencia: principales cambios paradigmáticos y metodológicos*. Donostia: Espacio Universitario Erein.
- Ardila, R. (1988/1993). *Síntesis experimental del comportamiento*. Madrid: Alhambra.
- Ardila, R. (2003). La necesidad de unificar la Psicología: El paradigma de la síntesis experimental del comportamiento. *Revista Colombiana de Psicología*, 12, 28-37.
- Bandura, A. & Walters, R. (1974). *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*. Madrid: Alianza.
- Bühler, K. (1982). *Crisis de la Psicología*. Madrid: Morata.
- Caparrós, A. (1979). *Introducción histórica a la psicología contemporánea*. Barcelona: Ediciones Rol.
- Carpintero, H. (1996). *Historia de las ideas psicológicas*. Madrid: Ed. Pirámide S.A.
- Fodor, J. A. (1983/1986). *La modularidad de la mente*. Madrid: Morata.
- Fuentes, J. B. (1985). El segundo sistema de funciones como marco definitorio de la escala psicológica. *Estudios de Psicología*, 22-23, 53-100.
- Hawking, S. H. (1988). *Historia del tiempo*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Holt, R. R. (1964). Imagery: The return of the ostracized. *American Psychologist*, 19, 254-260.
- Kendler, H. H. (2002). Romantic versus realistic views of psychology. *American Psychologist*, 57, 1125-1126.
- Koch, S. (1981). The nature and limits of psychological knowledge: Lessons of a century qua “science”. *American Psychologist*, 36, 257-267.
- Koch, S. (1993). “Psychology” or “The Psychological Studies”? *American Psychologist*, 48, 902-904.
- Kosslyn, S. M., Pinker, S., Smith, G. E., & Shwartz, S. P. (1979/1996). Sobre la desmitificación de las imágenes. En J. J. Ortells. *Imágenes mentales* (pp. 103-160). Barcelona: Paidós.
- Kosslyn, S. M. & Rabin, C. S. (2002). Imágenes. En R. A. Wilson & F. C. Keil (Eds.), *Enciclopedia MIT de Ciencias Cognitivas* (pp. 623-626). Madrid: Síntesis.
- Lagache, D. (1969). *La unidad de la psicología*. París: Presses Universitaires de France.
- Leahey, T. H. (1998). *Historia de la psicología*. Madrid: Prentice Hall Iberia S.R.L.
- Mayor, J. & Pérez, J. (1989). ¿Psicología o psicologías? Un problema de identidad. En J. Arnau & H. Carpintero (Eds.), *Historia teoría y método* (pp. 3-65). Madrid: Alambra.
- Montgomery, W. (2006). El problema de la unificación paradigmática en psicología. Publicado en octubre 15, 2006, en *Revista Electrónica Psicología Científica.com*: <http://www.psicologiacientifica.com/bv/psicologia-160-1-estado-actual-del-problema-de-la-unificacion-paradigmatica-e.html>
- Paivio, A. (1971). *Imagery and verbal processes*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Pardos, A. (2008). *¿Cómo lograr la unidad básica de la psicología?* Bogotá: Psicom Editores.
- Pardos, A. (2007). Contenidos de la psicología. Un modelo complementario del modelo Kuhniano de desarrollo de la ciencia. Extraído de *Revista Electrónica Psicología Científica.com*: <http://www.psicologiacientifica.com/bv/psicologia-277-1-contenidos-de-la-psicologia-un-modelo-complementario-del-mod.html>
- Piaget, J. & Inhelder, B. (1966). *L’image mental chez l’enfant*. París: Presses Universitaires de France.
- Pinillos, J. L. (1962). *Introducción a la psicología contemporánea*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Pylyshyn, Z. W. (1973). What the mind’s eye tells the mind’s brain: A critique of mental imagery. *Psychological Bulletin*, 80, 1-23.
- Ribes, E. (2000). Las psicologías y la definición de sus objetos de conocimiento. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 26, 365-382.
- Ribes, E. (2009). La psicología como ciencia básica. ¿Cuál es su universo de investigación? *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 1(2), 7-19.
- Rodríguez, E. (2005). *La ciencia psicológica durante el siglo XX*. Publicado en junio 23, 2005, en *Revista Electrónica Psicología Científica.com*: <http://www.psicologiacientifica.com/bv/psicologia-50-1-la-ciencia-psicologica-durante-el-siglo-xx.html>
- Royce, R. J. (1979). El estado actual de la psicología teórica. En B. B. Wolman (Ed.), *Manual de Psicología General* (pp. 33-63). Barcelona: Martínez Roca.
- Rumelhart, D. L. & McClelland, J. L. (1986). Parallel distributed processing. Vol I: *Explorations in the microstructures of cognition*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Searle, J. (2001). *Mentes, cerebros y ciencia*. Madrid: Cátedra.
- Skinner, B. F. (1953/1970). *Ciencia y conducta humana*. Barcelona: Fontanella.
- Staats, A. W. (1979). *Conductismo social*. México: El manual moderno.
- Viqueira, J. V. (1930). *La psicología contemporánea*. Barcelona: Labor S.A.
- Watson, J. B. (1913). Psychology as the behaviorist views it. *Psychological Review*, 20, 165-167.
- Watson, J. B. (1930). *Behaviorism*. Nueva York: Norton.
- Wolman, B. B. (1979). En torno a la psicología y la filosofía de la ciencia. En B. B. Wolman (Ed.), *Manual de Psicología General* (pp. 65-123). Barcelona: Martínez Roca.
- Yela, M. (1989). Unidad y diversidad de la psicología. En J. Arnau & H. Carpintero (Eds.), *Historia teoría y método*. Madrid: Alambra.